

ENCUESTAS LINGÜÍSTICAS EN EL PAÍS VASCO

Bera, 1980-VII-30

Luis Michelena

Historia

Es un hecho sobradamente conocido que, desde que aparecen textos seguidos en lengua vasca, ésta se nos manifiesta dividida en dialectos. Esto, dicho así, no significa demasiado ya que este tipo de fragmentación horizontal, por llamarlo de alguna manera, es común a todas las lenguas. Lo que llama la atención en nuestro país es que, a pesar de su reducido tamaño, la diversidad lingüística sea sumamente grande hasta el punto de que el primer traductor de una obra importante a esta lengua pudo escribir, sin mayor exageración: *batbederac daqui heuscal herrian quasi etche batetic bercera-ere minçatzeco manerán cer differentiá eta diuersitate den*. A ello ha contribuido sin duda el hecho de que faltara la influencia correctora de una norma, aunque haya habido normas regionales válidas dentro de ciertos límites de espacio, tiempo y registro, así como también la relativa dificultad de las comunicaciones en la zona que ha sido el refugio más seguro de la lengua.

No vale la pena de extenderse sobre los antecedentes de la dialectología vasca, que son de sobra conocidos, a partir de Oihenart y Larramendi, por lo menos. Si dejamos a un lado estos precedentes remotos, se puede afirmar que, al menos hasta estos mismos días, la zona de habla vasca ha sido sobre todo el objeto de dos encuestas directas, más o menos sistemáticas: la realizada por el príncipe Luis Luciano Bonaparte en el siglo pasado y la que durante largos años llevó a cabo en éste don Resurrección M.^a de Azkue, con ayuda después de la Academia de la Lengua Vasca, fundada en 1918.

Luis Luciano Bonaparte, precursor distinguido de la dialectología moderna, se valió de dos clases de materiales: (1) de los que él mismo recogió *in situ* o al menos de informadores a los que hacia acudir a donde él se encontraba, y (2) de traducciones de textos, de carácter generalmente religioso (versiones bíblicas, catacismos, etc.) que encargaba traducir, con instrucciones muy precisas, al habla de una localidad o comarca, a personas (a menudo religiosos, alguna vez seglares) que tenía por buenos conocedores del habla en cuestión y capaces, esto era indispensable, de seguir al pie de la letra sus indi-

caciones para que las versiones fueran reflejo fiel de la variedad lingüística que, a título de muestra, intentaban ejemplificar.

Baste, por no entrar en detalles, con remitir a algunos trabajos que se ocupan del alcance de su obra. Así, por ejemplo, PEDRO de YRIZAR, "Los dialectos y variedades del vascuence". *Homenaje a don Julio de Urquijo I* (San Sebastián, 1949), 375-424, "El príncipe Luis Luciano Bonaparte y su obra", *BRSVAP* 16 (1960), 3-14; JOSE VILALLONGA, "Introducción a un estudio sobre Luis Luciano Bonaparte y sus trabajos", *Eusko-Jakintza* 7 (1953-57), 39-68.

Hay, con todo, dos aspectos de su obra que merecen ser señalados, ya que son fundamentales. Bonaparte, en primer lugar, no se ocupaba solamente de la lengua hablada en las distintas localidades o comarcas del país, sino también de las variedades literarias, más o menos normalizadas por y para el uso escrito, de la lengua: así por citar un caso, entre sus publicaciones puede encontrarse la versión de un texto en vizcaíno literario, al lado de traducciones a tres o cuatro variedades vizcaínas cuyo objeto es el de representar de la manera más fiel posible la lengua hablada. La separación de los materiales de distinta procedencia —o, mejor, de distinto carácter, popular o literario—, no presenta, sin embargo, mayor dificultad, ya que Bonaparte mismo se cuidó siempre de hacerla.

El segundo aspecto es con mucho más importante. Bonaparte, que no se había librado del "concepto unitario arcaico de los dialectos", como dijo Menéndez Pidal (v. *Curso de Lingüística*, ed. de la Sociedad de Estudios Vascos, Bilbao 1921, p. 27), se propuso como coronación de su obra el delimitar los dialectos vascos, con sus subdialectos y variedades, como superficies conexas y en cierto modo uniformes. Esta concepción halló hermosa expresión gráfica para nuestra lengua en las dos versiones de su famoso mapa. El modelo ya lo había empleado para representar los dialectos ingleses de la Gran Bretaña.

De ese deslinde y clasificación de las variedades de la lengua vasca se ha obtenido, sin duda alguna, una imagen basada en hechos muy reales, que conservan todavía hoy su valor, puesto que tiene su fundamento en una amplia colección de datos comprobados hasta en los menores detalles de la manera más minuciosa. Lo malo es que de su examen poco podemos averiguar acerca de la distribución geográfica de hechos lingüísticos concretos (lo que en la dialectología ya formada se han llamado y llaman isoglosas no aparecen en esos mapas sino a lo sumo en forma indirecta): dialectos, subdialectos y variedades están, se supone, separados por isoglosas en orden decreciente de número e importancia, pero esta información habrá de ser buscada en otras fuentes. No es que falten los comentarios aclaratorios en distintos pasajes de las publicaciones, más bien dispersas que reunidas, de Bonaparte. Pero, aunque no falten, tampoco puede decirse que sobren, ya que tienen que

ser buscados con sumo cuidado en escritos de carácter muy distinto. Tampoco pecan, por lo general, de demasiado explícitos.

De una manera general, puede decirse que los sonidos, fonética y fonología, no tuvieron en la delimitación de Bonaparte la importancia que luego se les viene atribuyendo en la dialectología románica, germánica o eslava, por ejemplo. Siguiendo sin duda a maestros vascos, tuvo siempre muy en cuenta los fenómenos de acomodación o de falta de acomodación de las vocales en hiato (*ea, ia, oa, ua*, etc.), lo cual es hasta muy actual, por lo mismo que no se trata de hechos en bruto y aislados, sino de reglas que actúan o no y, cuando actúan, lo hacen de cierta manera y no de otra: una regla, en efecto, no puede consistir en una imagen solitaria, sino que supone la yuxtaposición o superposición de dos imágenes por lo menos. Algo semejante a esto podría decirse del cierre de *a* tras vocal cerrada de la sílaba anterior (o de la neutralización, en otro lenguaje, de la oposición /a/ /e/ en tales contextos), siempre que no se interponga la barrera de fronteras firmes.

El inconveniente grave que la operación de reglas como éstas ofrece para lo que Bonaparte buscaba ante todo es de orden práctico y no teórico. Su distribución diseminada no permite separar áreas continuas cuanto más amplias, mejor. La excepción principal está constituida por los diferentes resultados de *a + a*, en el singular de los nombres sobre todo (occid. *alabea* y continuaciones, “la hija”, general *alaba*, que no se opone a *alaba* “hija”, sal. *alabara*, en el extremo oriental -á opuesto a -a no acentuado), que dibuja dos zonas claras con subdivisiones peor perfiladas.

Isoglosas fonéticas importantes (vocales nasales como fonemas autónomos, sexta vocal /ü/, presencia o ausencia de *h* y de la aspiración como rasgo en general, resultados divergentes de **j*-, etc., etc., por no hablar de hechos prosódicos), aunque Bonaparte haga mención incidental de ellas, no parecen haber desempeñado un papel importante en su clasificación. Esto vale, como se ve, tanto para lo sincrónico como para lo diacrónico, en contra de lo que ocurre en general con la dialectología románica, germánica, céltica, eslava, semítica, etc. Si a uno se le pregunta por la posición del goidélico dentro de las lenguas célticas, empezará de modo casi automático diciendo que ya desde época temprana la labiovelar **k*^w se ha confundido con los resultados de **k* sin que haya llegado a **p*, como en celta britónico, a pesar de que también el goidélico tiene *b* por i.-e. **g*^w, etc. No se definen los dialectos por rasgos fonológicos exclusivamente, pero uno tiende a empezar la lista de hechos diferenciales por la fonología.

La clasificación de Bonaparte, por el contrario, se apoya, ante todo y con predominio abrumador, en hechos morfológicos: recuérdese que *Le verbe basque en tableaux* es, junto con el mapa, la culminación de la obra del príncipe. Y, dentro ya de lo morfológico, no se exagerará si se dice, conforme a la primera impresión, que es el verbo, mucho más diferenciado, el que prevalece sobre el nombre, la conjugación sobre la declinación. Y, de manera más pre-

cisa, que es la flexión personal de los verbos auxiliares lo que ha servido para establecer las áreas dialectales mayores: *deust / dit / deraut* "me lo ha", *eban / zuen (zuan)* "lo había", *dai(ke) / dezake / diro* "lo puede", etc.

Hay que añadir a los mencionados, siguiendo siempre a Bonaparte mismo, otros rasgos de orden también morfológico: confusión (-ak) o distinción (-ak / -ek) del nom./erg. pl. en la declinación, -gaz / -kin (o empleo no indiscriminado de ambos) "con", -ai / -ei / -er en el dativo pl., -du / -tu en algunos participios con la distribución -ko / -en de su "genitivo" para la formación del futuro. Más cerca de lo sintáctico estaría la distinción *sar / sartu*, conocida sólo (y en medida variable) por algunos dialectos en ciertos modos o, más claramente, la dualidad oriental *artoaren* / occid. *artoa ereitera (noa, por ej.)*. Otros fenómenos que sabemos llamaron la atención de Bonaparte son el contraste entre occid. *zein ere dan (den)* "quienquiera que sea" / or. *zein ere baita* y expresiones análogas de carácter relativo. O también, aunque esto sea más bien pragmático que sintáctico o semántico, la obligatoriedad del empleo de formas verbales alocutivas en el verbo de la oración principal cuando se trata de *zu* (comp. cast. ant. y porteño actual *vos*) al interlocutor.

Más cercana tenemos la larga encuesta de Azkue, cuyos resultados están en cierto modo resumidos en su merecidamente famoso *Diccionario vasco-español-francés* (1905-6) y en su *Morfología vasca* (1923), por no citar además una larga serie de monografías, así las dedicadas a dialectos navarros como el aezcoano y el roncalés. Pero, aceptada sin reparo la monumentalidad de las dos primeras obras, no se puede ocultar que, por ofrecer demasiado en algunos aspectos y demasiado poco en otros, presentan algunos inconvenientes tomados desde el punto de vista que aquí se está considerando. Así el *Diccionario*, que presenta reunido (con indicación siempre de procedencia) un enorme material recogido o comprobado por el autor mismo, une a éste, cosa inevitable en un diccionario general de la lengua que atiende también al aspecto histórico, muchos datos, procedentes de fuentes escritas, cuyo origen, y hasta cuya autenticidad a veces, no está libre de dudas.

De la *Morfología* se ha dicho a menudo, no sin fundamento, que, sobre todo en lo que toca al verbo, Azkue se preocupó más de una vez de presentar sus propias teorías en lugar de los datos a que tenía derecho el lector. Y es lástima, ya que tenía a su disposición los copiosos datos que había recogido en una laboriosa encuesta y que de forma manuscrita se conservan en parte, si no estoy muy equivocado, en *Euskaltzaindia*.

La Academia, por iniciativa probablemente de Azkue sobre todo, inició una encuesta extensa, no muy distinta en apariencia de lo que es usual en trabajos modernos de geografía lingüística, y cuyos resultados, con alguna excepción, se fueron publicando, aunque en muy concisa síntesis, en *Euskera*, órgano de la Academia, a partir del vol. 6 (1925).

Para ello se imprimió, primero, un *Triple cuestionario (Erizkizundi irukoitza)*, Bilbao, s. a., en forma de cuaderno, dividido en tres partes: cuestiona-

rio fonético, morfológico y lexicográfico. El cuaderno, del que sólo se conservan pocos ejemplares libres de anotaciones, lleva en la cubierta espacios destinados a consignar el nombre y datos personales del informador, además del nombre del colaborador de la Academia que hizo la recogida. Los cuestionarios van precedidos de unas observaciones e instrucciones ("Euskaltzainai" y "Euskaltzainen urgazle ta lankideai"), redactadas por el mismo Azkue.

Si el fruto de esta encuesta no ha sido mayor en el campo de la geografía lingüística vasca, ello se debe sobre todo a dos causas. A la finalidad, en primer lugar, ya que el cuestionario se elaboró con destino a una especie de plebiscito o referéndum: con el fin de buscar un apoyo para las decisiones que habría de tomar la Academia en orden a la unificación de la lengua escrita, se había pensado que estas decisiones habían de prohijar aquellas variantes que tuvieran a su favor el voto (no ponderado: *Biriatu eta Donostia, bardin laketgia*) de la mayoría de las localidades consultadas. Por esta razón, figuran entre las preguntas bastantes cuyo interés para la geografía lingüística es muy limitado, al paso que muchas otras de primera importancia desde este punto de vista no fueron tenidas en cuenta.

En segundo lugar, los datos recogidos sólo se publicaron, como ya se ha apuntado, de modo muy insuficiente, en resúmenes en los que muchas veces sólo se dan datos numéricos, bien o mal calculados, acompañados de indicaciones de lugar sumamente vagas. Constituyen señalada excepción las respuestas recogidas en dos puntos de la Soule (únicos en esta región) por Henri Gavel, preparadas para su publicación en *RIEV* 27 (1936), 2, pero que sólo mucho más tarde vieron la luz en *Euskera* 2.^a ép., 5 (1960), de forma completa y detallada.

Merecen mención aparte en el terreno de la morfología verbal, para los años anteriores a 1936, los datos que, recogidos en el área de habla guipuzcoana, fueron publicados por G. Bähr, *RIEV* 21 (1930) ss. (el mismo Azkue añadió un apéndice sobre *Conjugación guipuzcoana* a su *Morfología*); también hay que señalar el material alto-nav. que el padre Inza sacó a la luz en *Euskera* 3 (1922).

No intentaré en modo alguno hacer siquiera una reseña panorámica de la labor realizada desde 1936 hasta nuestros días. Jacques Allières ha publicado, cartografiados, los datos recogidos en encuestas por correspondencia durante el siglo pasado por Sacaze y (en parte) por Bourciez, en el área septentrional, que para nosotros tienen un interés que no se reduce meramente al histórico. No soy en modo alguno persona autorizada para dar cuenta de lo que en esa misma zona se haya podido planear y realizar después como encuesta directa o por correspondencia. En la Alta Navarra hay el trabajo de exploración realizado, aunque sus resultados no hayan visto la luz, por la profesora Ana M.^a Echaide que, por otra parte, tiene proyectada la publicación cartografiada de los datos reunidos en el *Erizkizundi irukoitza* de Euskaltzaindia.

Se citarán de pasada los trabajos de exploración realizados en distintos puntos del país, y con particular insistencia seguramente en Navarra (Roncal, Salazar, Ulzama, Barranca, etc.) en los que participaron, por mencionar sólo a los que ya no están entre nosotros, Juan José Beloqui, Jesús Elosegui y el padre Cándido Izaguirre, cuya obra póstuma sobre el euskera de Aranzazu ha sido dada a la imprenta por el padre Villasante. Hay dos tesis doctorales dedicadas al estudio de hablas locales: la de G. N'Diaye sobre la lengua de Maya (Baztán), dirigida por André Martinet, y la de Karmele Rotaetxe sobre el vizcaino de Ondárroa.

Digamos, finalmente, que el Atlas lingüístico y etnográfico de la Gascuña, bajo la dirección del malogrado Jean Séguy, comprende un punto vasco: Labastide-Clairence.

Relación de algunos trabajos para la preparación de un Atlas vasco

No vale la pena de reseñar las innumerables proposiciones presentadas y los fervorosos votos formulados para la pronta indicación de los trabajos de un Atlas vasco: baste con citar, a título de muestra, el acuerdo tomado por el Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas (Salamanca, 1958) que, como cuantos le precedieron, no tuvo consecuencias prácticas. Los trabajos preparatorios que han visto la luz nacen en realidad de unas reuniones en Madrid, convocadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en diciembre de 1951, creo, en relación con las actividades del *ALPI*.

Aunque en esas reuniones no se llegó siquiera a concretar un proyecto, el hecho es que algunos de los asistentes, en particular Pedro de Yrizar, estudiaron cuestiones previas en artículos que fueron apareciendo en los años siguientes.

De elección de puntos para el futuro Atlas trataron: P. de YRIZAR, "Sobre la exploración lingüística del País Vasco", *BRSVAP* 11 (1955), 375-385, y "Sobre la exploración lingüística del País Vasco (dialecto vizcaino)", *ib.* 12 (1956), 35-38. Véanse además R. LAFON, "En vue d'une enquête linguistique sur les parlers basques de France", *ib.* 13 (1957), 3-9, y "Algunas observaciones del profesor H. Gavel referentes al artículo 'Sobre la exploración lingüística del País Vasco'", *ib.* 13 (1957), 18-21, publicado por Pedro de Yrizar.

Son del mayor interés las apostillas sobre la elección de los puntos en territorio navarro por ANGEL YRIGARAY: "Observaciones al artículo de Pedro de Yrizar...", *ib.* 13 (1957), 247-249. Al mismo se le debe la información más precisa sobre los límites de la lengua en Navarra antes de nuestra guerra: "Noticia del estado lingüístico de Navarra en 1935", *Euskera* 2.^a ép., 1 (1956), 41-46, con un mapa. Hay datos más recientes en ANA M.^a ECHAIDE, "Regresión del vascuence en el valle de Esteribar (Navarra)",

Problemas de la prehistoria y de la etnología vascas. IV Symposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona, 1966, 257-257, y sobre todo en J. M.^a SANCHEZ CARRION, *El estado actual del vascuence en la provincia de Navarra* (1970), Pamplona, 1972.

En las reuniones de Madrid se convino en que, además de una propuesta sobre los posibles puntos de encuesta, habrían de prepararse, como labor previa, dos cuestionarios: el fonético y el morfológico. Hay un proyecto para el segundo, aunque limitado a las formas verbales personales, de PEDRO de YRIZAR, "Atlas lingüístico del País Vasco. Cuestionario de formas verbales", *BRSVAP* 12 (1956), 143-168. Según las cuentas que se echaron en Madrid, el cuestionario fonético debería tener una extensión aproximada de 250 preguntas. Hay un borrador no publicado que, aun cuando se respetara ese pie obligado, tendría que ser revisado de punta a punta.

Forma en que se calcula podría realizarse la encuesta y relación de algunas dificultades con que habrá de enfrentarse

Cómo veía un experto los problemas de nuestro Atlas puede verse en *Problemas de la prehistoria y de la etnología vascas*, recientemente citado: Jacques Allières, "Suggestions pour l'Atlas", pp. 247-255. Unos quince años después va a tratar del mismo tema este verano, en Lejona, durante los "Encuentros" organizados por la Academia. De las ideas que entonces expuso sólo recogeré la muy interesante sugerencia de que, junto al Atlas propiamente dicho, y en estrecha relación con él, se elabore también, basándose en encuestas por correspondencia, un *Wortatlas* o Atlas léxico.

Siguen ahora unas consideraciones tocantes a varios puntos: a) forma en que debe hacerse la encuesta, b) elección de los lugares, c) cuestionario fonético, y d) cuestionario morfológico.

Por lo que hace al primer punto, no voy siquiera a entrar en el problema de la lengua (o lenguas) en que se van a hacer las preguntas, sino en la cuestión esencial de cómo habrá que hacer éstas para que las contestaciones obtenidas en distintos puntos puedan ser directamente comparadas entre sí. Hay aquí dificultades que no se dan en territorio romance por ej. De algunas de ellas se ocupan Lafon y Allières en trabajos cuya referencia se ha dado ya, y de todas o casi todas hemos tratado a menudo de palabra cuantos en una forma u otra nos interesamos por la dialectología vasca.

Por lo que se refiere a los nombres, y tanto da empezar por aquí como por otra parte, en la mayor parte de la zona de habla vasca o en toda ella (Roncal era antes la excepción) la traducción de un nombre románico tal como *lobo* es un nombre vasco determinado, provisto de artículo, p. ej. *otsoa*, lit. "el lobo". Y, sin embargo, no es dato que carezca de interés la determinación de la forma del tema nominal nudo, sin aditamentos, que puede obtener-

se limpiamente en sintagmas como *otso bat* “un lobo”, *hiru otso* “tres lobos”, *zenbait otso* u *otso batzuek* “algunos lobos”, *zenbat otso?* “¿cuántos lobos?”, etc. Habrá, pues, que decidir de antemano si para conseguir del informador todos los datos pertinentes habrá que hacerle dos preguntas cada vez, en vez de una. Porque, aun si fuera posible obtener directamente y sin extorsión la forma indeterminada (cosa posible en algunos raros casos: *bestek* “otro (lo ha hecho, p. ej.)”, *besterenzat* “para otro”), se cambiaría en una amplia zona un parámetro que merece ser registrado. El perfil acentual del nombre indeterminado coincide, en efecto, ahí con el del singular de los nombres acentualmente no marcados, como ya señaló Larramendi, para quien unos y otros son oxítonos. En todo caso, *besterekín* difiere claramente de *bestearekin* a este respecto.

En cuanto a las formas nominales del verbo, la traducción de “hacer, faire” suele ser *egin*, dado automáticamente, que es literalmente “hecho”, participio, lo cual resalta mucho más claramente cuando no se trata de una forma acabada en *-n*: *hartu* es “tomado, pris”, aunque la mayoría de los hablantes lo consideren equivalente de “tomar, prendre”, infinitivo, que en roncalés decían por lo general *ar* a secas. Pero en la Soule, aseguraba Lafon, a cambio de “faire”, “prendre”, uno obtiene *egitia*, *hartzia*.

La mayor complicación está, con todo, en las formas verbales finitas. En buena parte del país están en uso formas verbales alocutivas (de las que pueden dar alguna idea expresiones del género de gallego *non ch'o sei* “no te lo sé” o lat. *hici tibi aduolat Cato*), es decir, formas verbales, cuyo empleo en ciertos contextos sintácticos y pragmáticos es obligatoria, en las que entra un índice personal que alude al interlocutor. En casi todo el país existe el “tratamiento familiar” equivalente en términos generales al tuteo, que fuerza a transformar todo verbo personal empleado en oración principal afirmativa o negativa. Posiblemente esto no será un grave impedimento porque, en condiciones normales, el informador a duras penas se pondrá a tutear al encuestador. Pero, en la parte oriental, donde hay también un tratamiento intermedio en *zu*, especie de voseo, y este tratamiento que es por decirlo así no marcado, será posiblemente el que tiendan a emplear los informadores con quien llevan la encuesta. Por ello, y por raro que parezca, puede ser muy difícil obtener el equivalente de alto tan simple como “yo soy bueno” con verbo no alocutivo: en vez de *ona niz* (*naz*) lo que se obtiene es *ona nuzu*, si *nuzu* por razones de familiaridad no es sustituido por *nuk* / *nun*. Esto no es tomar lo excepcional por lo (en algún lugar) corriente, como sabe quien ha visto a un dialectólogo experimentado forcejear largo por obtener las formas correspondientes a *naiz*, etc., o *nintzen*, etc., hasta que dio con ellas sólo en oración subordinada: “ya sabes que soy bueno”, etc.

Orden de prioridades

Es obvio que, a la altura de 1980, la situación de la lengua vasca es crítica. Afortunadamente, esto debe ser entendido en el sentido no de que esté a punto de desaparecer, sino en otro, menos derrotista según el cual su futuro —que puede tomar formas que hoy por hoy serían difíciles de adivinar— se juega en lo esencial en este momento, lo cual, traducido a unidades históricas de medida, significa durante estos decenios: el de los 80 y alguno de los que le sigan de inmediato.

Una lengua, una “lengua histórica” o idioma es un complejo, seguimos la definición de Coseriu que vale por lo menos para situar la cuestión, de tradiciones lingüísticas históricamente autónomo. En nuestro caso, la autonomía —que no puede confundirse con ningún género de independencia— no necesita discusión. Si la necesitan, en cambio, las tradiciones, que siempre se transmiten (*traduntur*) siguiendo ciertos canales. Estos modos de transmisión han ido variando a lo largo de la historia, pero la variación se ha producido, por lo general, de manera paulatina. No es éste, sin embargo, nuestro caso en estos momentos. Convencidos de que la lengua no podía sobrevivir si su cultivo era el de una planta silvestre, abandonada a los azares de la supervivencia, pocos primero muchos después pensaron en la escuela, en la *ikastola*, como condición necesaria, aunque no suficiente, para que siguiera viva hoy y en el futuro inmediato. Esto no habría tenido una incidencia tan grave si el nuevo modo de transmisión hubiera sido pensado como complementario del antiguo, de las vías que históricamente podrían considerarse naturales. Pero el hecho es que el nuevo camino no podía ser, más que en muy pequeña medida, complementario de ningún otro; en un ámbito extenso, tenía que ser por necesidad el sustituto de lo antiguo.

Para la geografía lingüística, la cuestión se plantea en estos términos: la lengua vasca (*quod absit*) podría desaparecer como lengua viva, perspectiva en la cual un Atlas lingüístico supondría recoger con la mayor urgencia los restos, cuidadosamente embalsamados, de la difunta. Pero, si por el contrario sobrevive con una existencia asegurada para decenios o siglos, nunca volverá a ser lo que fue, en un sentido muy radical. Al convertirse la educación (hasta la educación obligatoria) en su promotor y propulsor, cuando antes era su enemiga, y al ser por necesidad la enseñanza medio de transmisión de una forma escrita de la lengua, unificada y normalizada o que tiende al menos a la unificación y normalización, es evidente que la lengua sólo sobrevivirá despojada en buena medida de su variedad, conservada por la fiel transmisión de usos comarcales, locales y hasta familiares. La fusión de las diferencias en una especie de nuevo *melting pot* se ve además acelerada por el trasiego cada vez mayor de gentes de varia procedencia, por el paso a amplias comunidades abiertas de los estrechos grupos cerrados de tiempos todavía nada lejanos.

Esta circunstancia, no menos que la anteriormente mencionada, subraya la urgencia con que debemos apresurar los preparativos para que un Atlas lingüístico vasco, por insuficiente y defectuoso que sea, se convierta cuanto antes (al menos en lo referente a la recogida de datos) en una realidad. No es solamente que ya no podemos llegar a conocer la lengua de algunos puntos (del mayor interés muchas veces, por marginarles y por mal estudiados), sino que corremos además el peligro de que las variedades se diluyan y se entremezclen. Nadie que conozca los hechos tendrá necesidad de largas demostraciones para convencerse de que no hay exageración en lo antedicho.

Esto se relaciona directamente con la selección de los informadores. Si (aunque sin perder de vista otros aspectos) se busca en términos generales lo antiguo y aun lo arcaico con preferencia a lo reciente, es obvia la necesidad de buscar, cumplidos los requisitos de orden general, informadores de cierta edad: en algunos puntos, por desgracia, no habrá otros. Mejor dicho, podrá haberlos, pero se tratará de gentes que no sabrán gran cosa del habla que se venía usando en esa localidad.

Incidentalmente, y en contra de la opinión más generalizada, siempre he encontrado que las mujeres conservan más fielmente por lo común, con menor mezcla de influencias exteriores, el habla local.

Algunos puntos de un proyecto

Lo que sigue no es ni puede ser otra cosa que la exposición de puntos de vista personales. Se dan como tales, precisamente para que otros y en especial los que saben más y tienen mayor experiencia en estas cosas corten, añadan o cambien donde lo crean oportuno.

1. Organización

Alguien, y este alguien tiene que ser un organismo y no una persona, tiene que asumir la idea y buscar los medios necesarios para realizarla: la falta de dinero, dicho sea de pasada, nunca ha sido el obstáculo que ha detenido las gestiones, iniciadas siempre como de mala gana y sin duda no con buena conciencia.

Podría tratarse no necesariamente de una, sino de varias entidades que actuaran coordinadas. En todo caso, Euskaltzaindia me parece, por razones que no hace falta detallar aquí, la más apropiada en el país para encargarse de su realización. En todo caso, debe figurar entre los encargados.

Por el momento, y para simplificar las cosas, dejaré fuera de consideración todo aspecto relacionado con encuestas por correspondencia o, de una manera general, indirectas. Tampoco tomaré en cuenta para nada la publica-

ción de los materiales, una vez que éstos estén recogidos. Esta segunda fase, no hace falta decirlo, predetermina sin duda la primera, pero aquí no hay más remedio que reducir la discusión a aquellos puntos que sean esenciales para echar por lo menos a andar.

2. Amplitud de la encuesta. Selección de los puntos

El valor informativo de la encuesta aumenta, claro es, con lo tupido de la red que se eche sobre el terreno a cubrir: desgraciadamente, también el costo sube con el número de puntos a estudiar.

Menciono, a título de orientación, algunas cifras que se dieron en otros tiempos, en trabajos que ya han sido reseñados. P. de Yrizar proponía 138 puntos como máximo y 96 como mínimo, de los cuales quedaban al sur de la frontera 104 y 81, respectivamente. Y quiero recordar que Yrizar se lamenta amargamente en más de un lugar por no poder incluir en la lista otros lugares.

En los comentarios que mereció su proyecto, aunque alguno propusiera cambiar por razones diversas algún punto por otro, nadie defendió una reducción del número de puntos. Bien al contrario, todos manifestaron su deseo de que la encuesta se ampliara a lugares no seleccionados por Yrizar. Así, Lafon, por ej., eligió 41 puntos para la parte norte, en vez de los 34 de Yrizar.

Cuando el Consejo Superior de Investigaciones Científicas pensó en encargarse del Atlas, reducido a territorio español, imponía para éste que el número de lugares no pasara de 60.

Sea como fuere, téngase en cuenta que la variedad que hay (y había) en nuestra zona impone una gran densidad: incluso no sería descabellado pensar en una doble encuesta en alguna población donde se ha dado una dualidad de modos de vida tradicionales. Y, ya que se ha tocado este punto, valdría la pena de conocer mejor (mejor, al menos, de lo que yo lo conozco) el proyecto de un Atlas etnográfico que patrocina Aranzadi. Habría que buscar en lo posible la complementariedad y evitar colisiones.

3. El cuestionario

Este ha sido de hecho el atolladero del que nunca ha podido salir nuestro Atlas. La circunstancia, lamentable en este concepto como en muchos otros (si es que vale la pena de lamentar lo inevitable), de que la lengua vasca esté genéticamente aislada, hace que no se pueda tomar el cuestionario preparado para un dominio románico y adaptarlo con pequeños retoques. Estoy partiendo del supuesto de que en otros tiempos se partía, es decir, de que dispondríamos de un cuestionario general y único con varios millares de preguntas. Habría hoy que cambiar probablemente este planteamiento, pero, en todo

caso y para empezar, habrá que contar con un cuestionario básico, ampliable pero no demasiado reducido.

Había por aquellos años, por citar ejemplos, algo que se solía llamar, al menos en España, "cuestionario fonético" que en realidad se ocupaba de diacronía. Cualquiera advierte que, en este terreno, teniendo a mano el latín o la amplia base comparativa que ofrecen entre otras las lenguas germánicas, no es difícil encontrar muestras que permitan ejemplificar lo que ha ocurrido con las antiguas vocales postónicas o con las finales, con las consonantes que acababan palabra, etc., etc. También se echará de ver que esto no sería tan hacedero en nuestro caso.

Hoy se pensaría también en otro género de problemas fonológicos, cuyas implicaciones no serían necesariamente diacrónicas. De acuerdo, pero esto no haría más que multiplicar nuestras vacilaciones en lugar de disminuirlas.

En cuanto a la morfología, no aparece menos llena de escollos. El cuestionario de morfología verbal que preparó Yrizar tiene 169 preguntas relativas casi en su totalidad al verbo finito, no a las formas nominales del verbo. Uno diría que es excesivo porque exigiría por sí solo una encuesta especial en cada punto que no llevaría menos tiempo que la general en su conjunto.

Hay grupos de preguntas en que unas respuestas son previsibles a partir de las otras. El *Systemzwang* es en este caso una especie de Maelstrom que puede arrastrar sin remedio a los informadores más enérgicos. Para recibir respuestas atinadas, por otra parte, el interrogado tendría que ser una persona que, aparte de conocer muy bien su lengua, tuviera una extraordinaria agilidad mental, sobre todo si se le exige (caso de las formas alocutivas) que se imagine en situaciones distintas de aquellas en que realmente se encuentra. En realidad, también en el terreno fonológico habría que contar con gente que, además de tener buen oído, comprenda de alguna manera lo que se está buscando de él. En un campo y en otro, no haría falta que fuera iletrado, pero habría que evitar a toda costa que fuera *sasi-letradu*, en cuyo caso más valdrá ir con la música a otra parte.

4. Personal

Preciso es confesar que también nos ha faltado gente preparada para la tarea. Como el mundo vasco de lengua es un dominio al que no muchos extraños tienen acceso, es inevitable que el director (o el equipo director) de esta empresa sea de casa y tenga el mejor conocimiento posible no solamente de la lengua en sus distintas apariencias, sino también, en lo posible, de gentes y lugares.

Lo mismo vale para los que vayan a trabajar sobre el terreno, en la medida en que son otros y no los mismos. Interrogar a la gente en esta clase

de interrogatorios supone unas condiciones naturales y, por otra parte, una práctica: no es fácil inspirar confianza para conseguir respuestas naturales y tampoco lo es (supone, entre otras cosas, muchos y variados conocimientos) juzgar de la autenticidad de éstas. Y no olvidemos el problema central de la transcripción. Aunque la encuesta vaya a ser grabada en su totalidad, esto no haría, a lo sumo, más que aplazar el enfrentamiento con los sonidos. Lo oído habrá de ser transcrito antes o después, y mejor que lo sea antes y después.

Es, pues, urgente que pensemos en posibles equipos. Y será necesario que sus componentes se preparen en parte fuera, ya que dentro no hay todavía posibilidad, que yo sepa. Pero, a la vez que adquieren conocimientos generales, tendrán también que familiarizarse con las dificultades que van a encontrar aquí en el combate mismo, no en los entrenamientos.

5. *Coste*

A falta de datos en que apoyarme, sólo puedo hacer unas consideraciones generales. La encuesta misma supone gastos de desplazamiento y dietas, éstas tanto para los encuestadores como para los encuestados. En otras partes, se supone que el personal está ya listo para actuar pero ya hemos visto que nosotros tendríamos que prepararlo. Descubrir vocaciones que hoy por hoy no están demasiado manifiestas, seleccionar aptitudes y costear la preparación son tareas con que tendremos que enfrentarnos desde el primer momento.

Mi impresión es que, más que la encuesta misma (supongamos por suponer algo que ya contamos con la red de puntos, el cuestionario y los encuestadores) lo que cuesta en dinero es el material (se parte de que todo sería recogido en cinta), su transcripción, su clasificación y su conservación. Y, más que nada, su publicación: bien es verdad que hoy se tiende a usar formatos reducidos y a simplificar la parte gráfica, pero de cualquier modo y dado el coste creciente de la impresión sería la publicación, por mucho, el capítulo más gravoso de la empresa. Bien es verdad que de ella se espera, por medio de la venta, el único ingreso a que da lugar.

Sea como fuere, recogida y publicación son dos partes que pueden considerarse por separado. Es más, si la recogida se ha hecho o se está haciendo, de un modo u otro se arbitrará lo necesario para la publicación.